

PALABRAS DE LA PRIMERA DAMA DE LA NACIÓN, NOHRA PUYANA DE PASTRANA, EN LA CELEBRACIÓN DE LOS 60 AÑOS DE LA CASA DE LA MADRE Y EL NIÑO

Bogotá D.C., 26 de julio de 2002

Ser padre es, sin duda, una de las experiencias mas maravillosas que puede tener un ser humano. Sentir el milagro de la vida reflejado en los ojos de ese otro ser, que nace del amor, que fluye a la existencia como el agua de un río que se vierte en otro, que es sangre de nuestra sangre y sueño de nuestros sueños.

Sin embargo, ese don único e irrepetible, esa felicidad, y también esas preocupaciones que vienen con los hijos e hijas, no son siempre posibles para todas las personas. Miles de parejas en Colombia y en el mundo no pueden, aunque quieren, tener hijos y, paradójicamente, miles de mujeres quedan embarazadas sin desearlo.

El embarazo adolescente es tal vez uno de los principales problemas de salud pública. Pese a los esfuerzos en educación sexual y planificación familiar, las estadísticas son crecientes en cuanto a la tasa de fecundidad no deseada, que pasó de 38.4 por mil en 1995 a 45.5 por mil en el año 2000.

Se trata de un problema de enorme complejidad y magnitud, que recibió especial atención durante la presente administración, particularmente mediante programas de prevención.

Pero no es un problema nuevo: Hace 60 años, en 1942, también era un tema que preocupaba con razón a la sociedad colombiana. Felizmente, Dios jamás envía un problema sin una solución y mucho menos una tarea sin un ángel. Y para esta tarea tenía dispuesta la labor de un “ángel” muy especial, cuya memoria nos emociona y nos congrega el día de hoy: doña María López de Escobar.

¡Qué bueno poder recordar y hacer justo homenaje hoy a la mujer que dio vida con su empeño, con su generosidad, con su alma noble y cariñosa siempre pendiente de ayudar al otro, a esta obra admirable que es la Casa de la Madre y el Niño!

María -o Marujita, como le decían sus innumerables amigos- era hija del ex-Presidente Alfonso López Pumarejo, quien para esa época ocupaba la Presidencia por segunda vez, pero no se contentó con llevar una tradicional vida de familia, como se

usaba en la sociedad bogotana de mediados de siglo pasado, sino que quiso hacer algo esencial por aquellos que más lo necesitan, como son los niños abandonados.

Entonces fundó, con un grupo de buenos amigos, “La Casa de la Madre y el Niño”, a la que Roberto García Peña describió con bellas palabras como un *“monumento vivo de cristiano entendimiento de la solidaridad con los humildes y abandonados; de dulcedumbre, de caridad bien entendida hacia los necesitados”*.

Y así fue: esta obra fue desde entonces, y es todavía, un verdadero monumento de acción cristiana, de acción solidaria y amorosa hacia los niños y hacia las mujeres que se enfrentan al dilema de un embarazo no deseado. Un monumento que hoy puede afirmar que, en sus 6 décadas de existencia, ha ayudado a crecer y a encontrar una familia y una vida plena a más de 7.500 niños y niñas colombianos.

Pero María regresó, como toca a los ángeles, al seno del Creador, no sin antes dejar frente a la obra a un relevo maravilloso: su propia hija, Bárbara Escobar López, quien desde muy joven se enamoró de la misión de su madre, comenzó a

querer a esos hijos del corazón en que se convierte cada pequeño habitante de la Casa, y prosiguió la tarea con un compromiso y una dedicación que la enaltecen y nos llenan de admiración y de gratitud.

Esos niños, que pudieron no haber nacido ante la terrible decisión de un aborto, que pudieron haber crecido en condiciones de abandono, propensos al vicio y la delincuencia, encontraron un hogar, un refugio de calor humano y de atención integral, y muchos de ellos ya son hombres y mujeres adultos, miembros activos de la sociedad, padres y madres que reproducen en sus hijos el mensaje del amor.

Justino Valderrama fue uno de esos niños, y escribió estas palabras a sus 47 años de edad: *“Sólo me queda felicitar y agradecer a todas y cada una de las personas que conforman esta bella institución, por habernos brindado una única oportunidad de tener un lindo hogar y unos amorosos papás, quienes sé que están descansando en compañía de nuestro Dios Padre”*.

Pero, además de los niños, están las madres: esas jóvenes angustiadas que tienen la valentía de no renunciar a la vida de

su hijo y optan por entregarlo para que una familia deseosa de amarlo pueda encargarse de él.

Ese drama y ese coraje lo entendió muy bien Bárbara, y por eso creó, como el justo complemento de la casa para niños abandonados que ya funcionaba, la Casa de la Madre Soltera, que ya ha atendido a más de 2 mil madres, mujeres hoy agradecidas como la que escribió las siguientes palabras:

“Sólo le pido a Dios que esta obra continúe, que ilumine a sus directivas, y que mi bebé en cualquier parte que esté sea feliz y sea el orgullo de sus padres adoptivos”.

Y algo más: en estos sesenta años, la Casa, que es hogar para niños y madres, ha sido también fuente de alivio y grandes satisfacciones para muchas parejas que encontraron en ella los hijos que hoy alegran y completan sus vidas.

Ellos hallaron, gracias a ustedes, la felicidad de compartir y de dar, la felicidad de tener una familia. Por eso pueden decirles, como lo hizo Annie López, una madre adoptante, frases emocionadas como éstas:

“Con ustedes vivimos los momentos más fuertes, más extraordinarios de nuestra vida y quedaron grabados para siempre en nuestro corazón. Vuelvo a ver el rostro de cada una de ustedes y me imagino los esfuerzos que hacen para ayudar a estos pequeños. Todos los días otros padres también lloran de felicidad en los salones de LA CASA. ¡Cuántos momentos conmovedores se viven allí!”.

Ese es el mejor resumen: ¡Cuántos momentos conmovedores, cuántos momentos maravillosos se viven en esta Casa!

Aquí los esfuerzos por salvar una vida se multiplican siempre exponencialmente: Con la madre joven que se atiende y se apoya. Con el niño o niña a quien se le da un hogar y un futuro. Con los padres adoptantes, cuyo deseo es recibir el milagro de la vida con el común denominador de todos los vínculos incondicionales: el amor.

Apreciados amigos:

Hoy sólo quiero dejar mi testimonio emocionado de admiración y gratitud hacia esta Casa de la Madre y el Niño que este año conmemora su sexagésimo aniversario.

A mi buena amiga, Bárbara Escobar, cuya generosidad y dedicación hacia los demás no tienen límite, quiero decirle que Dios premiará tanto amor derramado con tanto desprendimiento y con tan dulce entrega. Bárbara María, María Verónica, Lorena, Susana y tus nietos -incluida María Isabel, a quien Valentina considera como su mejor amiga- tienen mil y una razones para sentirse orgullosas de su madre y abuela, que no se contentó con dar vida a una familia sino que dedicó su existencia a ser una creadora de familias, a ser una mensajera del amor.

También un reconocimiento especial quiero hacer a Inés Elvira Cuéllar de Fajardo, a María Cristina Uribe de la Torre y a tantos otros funcionarios y voluntarias que hacen realidad cada día, junto con Bárbara, esta obra milagrosa.

Sesenta años de trabajo continuo y profesional son ejemplo y legado para todos los colombianos. Gracias por demostrar con hechos que, en medio de las dificultades, es posible adelantar grandes obras en Colombia. Gracias por enseñarnos que la convicción y la fe en lo que se hace es el mas importante activo de una nación.

En nombre de los miles de niños y niñas que hoy tienen un hogar gracias a ustedes, de las parejas que son felices y orgullosos padres, de las mujeres a quienes se les dio una mano en momentos difíciles: ¡muchas gracias!

Gracias porque para todos los pequeños que han tenido la suerte de encontrarlos ésta no ha sido solo su casa: ha sido su primer hogar; el lugar que, sin saberlo, les otorgaba el pasaporte de seres dignos, con futuro en medio de un mundo convulsionado e indiferente.

Termino con las palabras de Jim y Bárbara Yankauskas, dos padres agradecidos que resumieron así la esencia de esta obra, que debe durar por muchos años más:

“La Casa, pequeña, íntima, es el milagro de amor que sólo conocen una familia y un bebé. La Casa de la Madre y el Niño es la dedicación de las personas que la han construido con sus esperanzas, sus esfuerzos y sus sueños de un mejor mañana para todos sus niños, las madres y las futuras familias del mundo”.

Muchas gracias, ¡y mil felicitaciones!